



El frágil Pierre

a propósito de *La piel suave*

de Francois Truffaut

PERLA SCHWARTZ

18

universo de el búh

Él se apasiona
y no sabe
que lo va a perder todo
con esa misma suavidad
cuando el viento
roza su rostro.

Un viaje en avión
que lo traslada
a su más recóndita
fantasía.

Un encuentro azaroso
con una mujer
que lo va a trastornar,
él se verá envuelto
en una obsesión amorosa
que no tendrá límites.

Esa pasión
lo llevará a desbordarse
en susurros de palabras
nunca dichas,
en el confín de una emoción
primigenia que él guardará
en sí mismo.

Pobre y frágil Pierre
nunca alcanzará
a darse a Nicole.
Las miradas incisivas
no bastan
para trastocar a un corazón,
que le será tan ajeno
como ese matrimonio
que no va más allá
de una *sinfonía de juguetes*.

Pierre sufre, se atormenta
ama por primera vez
en su vida,
pero no puede... se detiene
es un inválido.

Y así acabarán
sus días y sus horas,
trunco el tiempo
la eternidad no le ofrecerá
reposo. ■

Junio 2008

Por sí las dudas

LUIS MAURICIO MARTÍNEZ

Sin darnos cuenta, por entre las manos se nos fue escapando el tiempo, impaciente como es su costumbre, se fue sin dar aviso. Eso sí, se encargó de separarnos, colocar entre los dos la barrera del orgullo a través de la cual los vestigios de algún agonizante sentimiento no pudieron pasar, perdiéndose en la inmensidad de nuestro olvido. Tú, anteponiendo amistades a nuestra relación; yo, aprobando materias con excelentes resultados de tanto estudiar por no verte, mutuamente evadiéndonos, los pretextos se nos desbordaban por la boca y la imaginación. Así transcurrieron doce meses. La primera vez que nos vimos fue en una calurosa tarde de julio, el ocaso nos inspiró a apostarle al juego del amor, la brisa veraniega confirmó el inicio.

Como hace un año, nuevamente un atardecer trajo bajo el brazo tu propuesta de vernos para limar las asperezas. Ese día, ya caída la noche, salí con unas amigas, lo cual me sirvió como resistencia a la invitación, tras varios mensajes de insistencia, de esos que nos ofrece la tecnología con sus móviles, al filo de la madrugada, cuando la ciudad dormía nos encontramos. Caminando por una gran avenida, esquivando sombras anónimas fingí un paso despreocupado tratando de disfrazar los nervios, la alegría de volver a ver esos ojos verdes. De pronto, el metálico sonido de un claxon me hizo voltear, subí al auto, mi curiosidad cesó. El vehículo arrancó iniciando la aventura, sin rumbo fijo en un principio, con tanto que decirnos, tanto que mirarnos. Allí estabas con la sonrisa de siempre, tu cuerpo adquirió volumen, tu voz sonó serena, el cabello un poco largo, las ideas más cortas, bueno, allá cada quién con sus ideas. Los elogios de tu parte hacia mí, como un río, cayeron sobre el cauce de mi sedienta autoestima. Inició la conversación, a cada comentario se asomaban entre líneas aquellos que por falta de valor antes no hicimos.

—Cuéntame, Braulio, ¿qué has hecho? —pregunté—, *quiero comprobar mi teoría de tu estancamiento, que en nada te has*

superado, que aún caminas con la bandera de simpleza por tus días, sin retos que cumplir. Enterarme, claro está, que no has encontrado mujer que me supere, ¿dónde?

—Muchas cosas, Kenia, compré un automóvil, en un par de meses abriré mi propio negocio, sabes que me fascina la buena vida y pues poco a poco lo voy logrando —respondió—. *Ve, todo lo que te estás perdiendo, tú eras mi mala suerte, así que, si quieres volver deberás convencerme. Debo admitir que no te costará mucho.*

—¡Felicidades!, de verdad me alegro por ti. Yo sigo involu-crándome en el ambiente cultural y literario, sabes que no me interesa el dinero sino la plenitud de mi ser dedicándome a lo que me apasiona. *Tu intrascendente mundo material no es relevante para mí, el vacío en tu cerebro que provoca el alcohol que ingieres cada fin de semana en los antros de moda me dan sueño. Todo tu dinero no puede comprar el conocimiento que he adquirido de los libros. No sabes utilizar tu inteligencia, entre los dos no hay algo en común pero..., eres lo más cercano a un hombre en mi vida..., debo conservarte a mi lado, digo, por sí las dudas. Aún no estoy segura con mi relación actual.*

Así, entre indirectas, sarcasmos y discretos coqueteos llegamos a mi casa donde la intención oculta de ambos era recordar viejas pasiones. Sentados en la sala proseguimos con nuestra cálida charla, vanagloriando nuestros logros, ocultando fracasos, llantos y tristezas. Entre risas cantamos y bailamos aquellas “nuestras canciones”, con las que nos dimos el primer beso, con las que bailamos abrazados en un bar, con las que compartimos la cama por vez primera, aquéllas que se escuchaban en casa de tus vecinos cuando peleábamos, con las que nos reconciliamos, con las que nos volvimos a gritar, con las que vimos pasar el día abrazados escuchando el silencio, con las que nos amamos, con las que nos odiamos, con las que nos recordamos, todas. Cuando los discos dejaron de sonar se inició el jugueteo de “me tendrás, pero a la hora que yo quiera” que ambos creíamos tontamente dominar. Por instantes se asomaban esos detalles que nos mostraban de nuevo este camino, un porvenir en la mirada. Cuando yo iniciaba una frase, la concluías con las palabras exactas que hubiese usado, cuestión de entender las señales de la vida, del amor, de la desesperante soledad. Decidimos continuar el encuentro en el jardín, contemplar el cielo, sus luminosos ojos nos inspiraron frases de conquista, provocándonos lágrimas por nues-

tro lastimoso padecer de aquel pasado, pidiendo perdón por el daño hecho, por el bien. El frío que nos caló hasta los huesos nos puso de pie. Con el pretexto de mostrarte los libros que he adquirido entramos en mi habitación. Instintivamente me abrazaste, el calor de nuestros cuerpos unidos disipó las dudas, apaciguó los pensamientos, por un segundo el mundo no existió, sólo nuestro universo. Con un beso pretendimos desafiar la eternidad. Brotó un *te extraño* de tus labios, me limité a responder con mi caricia y comenzó la lluvia de besos, nos inundó centímetro a centímetro tatuándonos la piel. Llegado el momento más candente se detuvo el tren de la fogosidad, al menos en mi pecho. Te quedaste con las ganas escu-



Damián Andrade

riendo de tu sexo que se resistía a dormir, pero accedió. Nos limitamos a hacerle el amor con palabras a nuestros corazones, todo era claro, proseguiríamos lo que quedó inconcluso.

-No hagamos caso de este miedo, dejémonos llevar, sin prisas ni presiones, será maravilloso. Kenia, ¿sabes que te amo? -susurraste.

Vencidos por el sueño, no supimos más, de pronto el amanecer tocó a nuestra ventana, le dimos los buenos días a la vida con la sonrisa que sólo el cariño sabe dibujar. La promesa de la naciente relación, cimentada en aciertos del pasado, nos dio renovados bríos para enfrentar tanta rutina. Tuviste que irte, al hacerlo me dijiste *esta vez no me equivocaré*.

-Ni yo, -contesté- hoy todo lo veo claro.

Qué noche aquella, fue algo refrescante, ¡demonios! No entiendo por qué me lo cuento a mí misma frente al espejo, lo peor es que ni siquiera es a mí, es como si en la dimensión de los reflejos estuvieras tú, no yo. No puedo dejar de pensar en lo que pasó al reencontrarnos. Aún no me mandas los mensajes para vernos nuevamente.

-Kenia, *Hermosa*, te estoy esperando -se escuchó decir en la otra habitación.

Era Sandra, su atractiva doncella que la esperaba para el ritual de amor. Enseguida apareció Kenia tan sensual como su lencería le permitió. En medio de las caricias sonó un teléfono.

Mensaje núm.1: Gracias por la noche tan maravillosa, por darme la oportunidad. Contéstame para vernos.

Pasados cinco minutos volvió a sonar.

Mensaje núm.2: No me has contestado, mañana te hablo, te extraño. Braulio.

Kenia los leyó esbozando una sonrisa, tras de hacerlo.

-¿De quién son esos mensajes *hermosa*? -dijo Sandra.

-Ah..., de mi jefe, quiere que mañana haga horas extras -contestó Kenia con los nervios a flor de piel.

-Y que pasó con tu cita, me dijiste que verías a una vieja amistad, ¿fue ayer?

-Este..., sí, no te enojas ¿verdad?, nos fuimos a un bar con otros de mis amigos.

-Claro que no, y ¿Cuándo viene a la casa?, sabes que me gusta conocer a tus amistades.

-Un día de estos, querida... Un día de estos. 🐱

La calavera del pirata

LUIS FERNANDO ESCALONA

En aquella ocasión vio que la niebla era espesa y el mar estaba muy tranquilo. En medio de la noche, dentro de una balsa, el capitán y dos marineros se dejaban mecer por el ir y venir de las olas que los llevaban hacia una isla, donde se alzaba una extraña roca. La noche del naufragio les parecía lejana.

Cuando finalmente la balsa tocó tierra, descendieron. Llevaban una linterna y sus espadas de curva. Se encontraron con una playa virgen y silenciosa. Más allá, frente a ellos: la selva. Tomaron el sendero de los árboles tratando siempre de caminar en línea recta con respecto a la roca. Conforme avanzaban, el viento se volvió como un canto de sirena que les invitaba a continuar.

El camino se abrió. Se encontraron de frente con lo que parecía ser sólo una elevación de rocas. Con ayuda de la linterna vieron de qué se trataba. Era una cueva en forma de calavera. La boca estaba formada con un hueco y en la parte superior dos semicírculos, que parecían haber sido tallados, formaban los ojos.

El capitán les hizo una seña y entraron.

La caverna era profunda. Escuchaban el agua cayendo desde algún lugar. Cuando alumbraron el techo, un grupo de murciélagos se dispersó huyendo de la luz. Sus alas fueron crujidos que se repetían una y otra vez. El capitán desvió la linterna hacia el suelo encontrándose con un cuerpo inmóvil. Los marineros desenvainaron las espadas, pero al contemplarlo mejor se dieron cuenta de que era el esqueleto de un pirata.

Se acercaron. El traje, que en algún momento pudo haber sido de color rojo carmín y holanes irregulares, no era más que un cúmulo de arena clara que se confundía con el polvo de las piedras. El cráneo estaba ladeado hacia la izquierda y la mandíbula permanecía abierta, cansada por el peso de los años. En su mano derecha sostenía un pergamino enrollado.

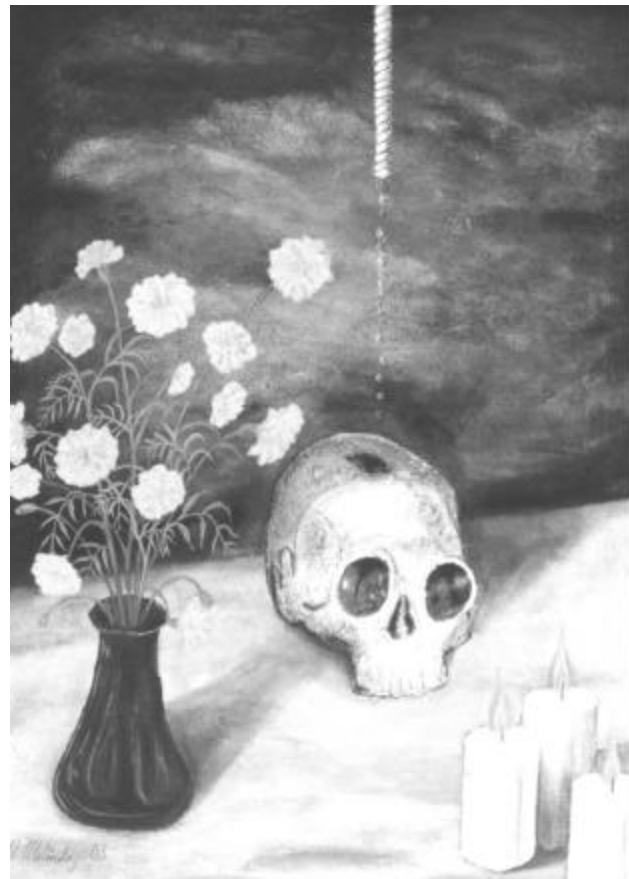
El capitán se agachó con cautela. Tomó el pergamino al momento que una araña salía de su interior y se escabullía entre los huesos. Los marineros se acercaron, abrieron el manuscrito y lo contemplaron. La voz del viento se coló a la cueva haciéndoles estremecer. Entonces, el capitán leyó en voz alta el contenido:

“He llegado hasta aquí como se dispuso. El tesoro ha sido enterrado y ahora, antes de morir, firmo con sangre esta carta para sellar el pacto... Dimitri”.

El capitán dio vuelta al pergamino. Había tres firmas con sangre y una leyenda, cuyas letras eran diferentes a las anteriores:

“El barco está por naufragar y disponemos de Dimitri para que oculte el tesoro de las fuerzas del rey. Cuando lo haga, firmará con su sangre, también. Nosotros, volveremos en la noche pactada... cien años después”.

Entonces, un halo azul brilló y sus rostros fueron el reflejo de tres ancianas calaveras. Dimitri fue levantado por aquel resplandor y el círculo quedó terminado. Los piratas habían vuelto puntuales a la reunión. ■

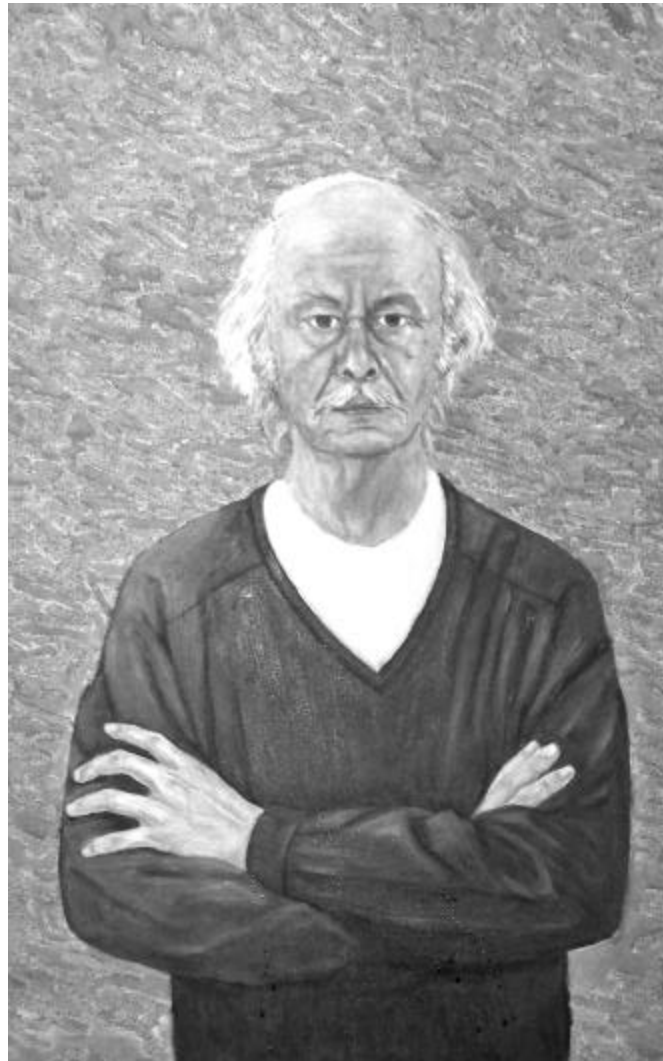


Alfredo Meléndez

Poema telepresente

ANTONIO LUNA

Al escribir este poema
no estoy aquí
lo estoy escribiendo
desde un lugar que no es éste
en mi casa
hay un dispositivo que teclea por mí
mientras yo estoy viajando por las Malvinas
también le he dado de comer al perro
he regado las plantas
y alguien que no soy yo
-pero es idéntico a mi-
ha salido a interactuar con los vecinos
bueno, quién me dice
que no lo estoy escribiendo
desde la muerte
mis uñas y mis cabellos crecen más rápido
los átomos se mueven incesantes
en mis cenizas
o quizá este poema
nunca se ha escrito.



Cuento

BENJAMÍN GARCÍA

Te llamas Cristina: Tu primo es Fabián. Jaime Cierto es tu padre y Lilia D'Artigues tu madre ¿no es verdad?

Así la abordó un día de abril cuando el camino se hallaba cubierto por un paradójico sol.

Y por el sol resultaba extraña su indumentaria: gabardina negra, gafas oscuras y botas de agujetas negras.

¿Y tú cómo sabes eso?

No fue sólo la pregunta con que atinó a responder, sino el desatino de todo un año, pues él lo sabía todo; y ella, rastro tras rastro, se preguntaba: ¿Por qué yo no sé nada de él?

Acaso fuera un tipo con ínfulas de investigador privado, quizá la había seguido y había visto a sus amigas, tal vez las interrogó sobre ella. Pero no, eso no explicaba el hecho de que pudo recitarle los problemas del tío Fernando con la tía Ariadna, el asunto del ebrio hijo adolescente, aquello acerca de las reumas de Susana.

¿Cómo sabes todo eso?

Él se enfundaba siempre en su aire taciturno, híbrido de Poe y Humprey Bogart. Esbozaba una mueca que ya aterraba, ya seducía por igual. Tan sólo se limitaba a responderle: *Es que tú me correspondes.*

Durante muchos instantes caminaron. Pasaban por las cuadras de postes grises, de los cuales colgaban largos y gruesos hilos negros. La electricidad transcurría monótona, con su acostumbrado orden; sin embargo, a ella la recorrían pequeños toques, estremeciéndola con una suerte de ardor gélido.

Esa primera vez, antes de que ella reaccionara, él sentenció: *Y sé que deseas mis labios.*

Divertida, aunque un poco enfadada ante tal muestra de soberbia, reviró: *Ah, ¿ya ves? no sabes todo de mí.*

De ahí en adelante el sobresalto la acompañó. Los días se sumergían en largas veinticuatro horas que se descomprimían en segundos, densos de fragmentos de momentaneidad. Él

no llamaba, ella no lo buscaba, ¿adónde buscarlo? De pronto, retumbaba, inundando el cuarto, el repiqueteo del teléfono:

-Estás dormida, ¿verdad?

-Eso lo sabes porque contesté.

-Oye, no cierres la ventana o me voy.

-¿Cómo supiste?

-Necia, tú me correspondes.

Acto seguido corrió un inmoral airecillo por su oreja: "Nos veremos pronto".

En cierta ocasión, cuando había pasado un mes sin saber nada de él, acompañó a su amiga Daniela a Ciudad Universitaria. Al doblar en una esquina, se apareció él, se acercó a su oreja y le susurró: *Esperaba que llegaras. Ven, vamos a casa de mi primo.* No preguntó, al fin veía algo tangible, una visita familiar, una visita a un pariente.

Ya en casa del primo el *heavy metal* funcionaba como *sound track* de cada uno de sus actos y los cigarrillos rolaban de mano en mano. Ella inquirió:

-Y ustedes, ¿qué hacen en la vida?, ¿sólo esto?

-En la vida, nada, estamos muertos.

-Ah, sí, se me olvidaba. Yo también, y además, en otra vida fui Catalina la Grande. Ya hablen en serio, ¿no piensan madurar?

Todos rieron, incluido él. Una raigambre de incertidumbre la hizo sentir comezón atrás de las rodillas, como si fuese inundada por manos pequeñas, de duendecillos, pellizcándola.

-No nos vamos a ver en mucho tiempo. Tengo que regresar.

-¿A dónde?

-Tú lo sabes.

Ella pensó que era una forma elegante y cínica de terminar.

Durante meses las llamadas y las ventanas que se abrían solas se fueron al carajo. Un día, al cruzar por Reforma, lo vio parado en la esquina de *Excelsior*, junto al puesto de dulces. Él veía hacia donde se encontraba, pero sin reparar en ella. No se percataba de su existencia. Sus ojos parecían no recordar, las pupilas no se le agrandaban. Agitó la mano con fuerza y ni así le prestó atención: *Hola, ¿te conozco?* Así la interrogó él cuando ella se colocó enfrente de su rostro. *No* -dijo ella. Recordó su estancia en la escolta, allá, en la primaria, cuando los niños y la vida eran nada. Dio un preciso flanco izquierdo con el cual se marchó. ■

Dos mujeres

ROBERTO LÓPEZ MORENO

DOS MUJERES

Roberto López Moreno

Dolores

*...un México en el que las oportunidades
para todos se desarrollen a partir de la
equidad social...*

ARTURO SALCIDO BELTRÁN

Nombre: Dolores Jiménez y Muro.

No diré nada de ella.

Búsquenla en las antologías literarias.

No la hallarán.

Búsquenla en las heridas de la historia.

No la hallarán

En las páginas del movimiento obrero.

No la hallarán.

En la lista de las mujeres destacadas.

No la hallarán.

No la hallarán pero ¡búsquenla!

es lo menos que se puede hacer en su memoria.

Búsquenla.

Quizá la encuentren en un doblez del viento,

en el corazón sombrío de la llama,

quizá en la cresta del volcán

o alguna vez el agua quiera declamarla.

Jiménez y Muro, Dolores,

nuestro mayor agradecimiento será encontrarla.

...quizá en el alba...

Oralia

El rostro de una joven, casi una niña,
tomado de frente y de perfil.

Una fecha arriba: 30-VII-68.

Abajo,

la ficha que marca para siempre la suerte de los malhechores:

MÉXICO. D.F. 00308.

Casi a la mitad de la fotografía, tinta negra,

la tosca mano de la autoridad, marcó, desde su anonimato:

A G I T A D O R A.

Y de golpe los recuerdos.

Yo estuve enamorado de esa niña, de esa joven,

de la delincuente del retrato,

de ese rostro fichado.

Era agitadora,

o sea, parte fue de los niños héroes de aquel tiempo de sangre.

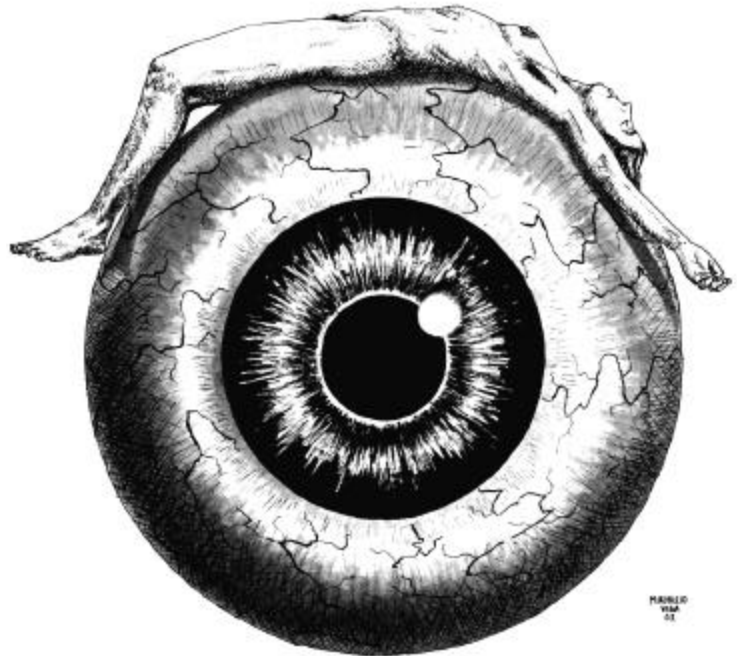
De pronto, todo el peso de esos años,

los recuerdos,

lo llorado a rabias de impotencia en calles magulladas.

Se interrumpe la visita a la exposición.

Hay una lágrima que no encuentra en dónde acomodarse. ❏



Mauricio Vega

Guijarros

YLIA KASAMA

1

A pesar que desconozco el idioma
del amor permanente
que quiso ser piedra
y fue un guijarro;
me detengo, serena,
para decir mi primer testamento.

A semejanza de las mujeres
que visten de negro,
y a pesar de asistir al amor
desposeída,
construyo lejos de los bordes,
un puente,
y tallo el amor
con piedra pómez
para desvanecerlo.

2

Quito la piel helada
a fuerza de arrebatar
con furor la acidez del aguafuerte
que me dejó tu risa triste.

Pretendías no sufrir
y bebiste a pequeños tragos
mi luz;
ahora, tu sombra
me sigue.

3

Otra sombra, otra mañana,
el mismo río.
Agua que preludia luces y tonos en la vereda,
doce meses nuevos y la luna gaélica
se va alargando al lado del cauce,
y su sonrisa de manzana se sumerge
en el líquido nuevo del toque de las piedras

Del libro *Piedras Negras* publicado por Ala de Avispa Editores

Cartelera Bellas Artes Literatura



GOBIERNO
FEDERAL



Exposición

Aquí no ha pasado nada: Una historia literaria del 68

Inauguración: Jueves 9 de octubre, 19:00 hrs.

Participan: Emmanuel Carballo, Sergio Mondragón y Jorge Volpi.

Hasta el 16 de enero de 2009

Lunes a viernes, 10:00 a 16:00 hrs.

Sábados y domingos, 10:00 a 14:00 hrs.

Coordinación Nacional de Literatura
República de Brasil 37, Centro Histórico

Lectura poética

Antonio Gamoneda y Juan Gelman

Martes 14, 19:00 hrs.

Poetas del mundo latino/Varios autores

Participan: Nuno Judice (Portugal), Roland Jooris (Bélgica), Stefaan van der Bremt (Bélgica), Juan Manuel Roca (Colombia) y Ledo Ivo (Brasil), entre otros.

Domingo 19, 12:00 hrs.

Sala Manuel M. Ponce, Palacio de Bellas Artes

Homenaje

Enrique González Rojo: 80 años

Participan: Eusebio Ruvalcaba, Leticia Luna, Hernán Lavín Cerda y Andrés Cisneros de la Cruz.

Moderadora: Enzia Verduchi

Domingo 5, 12:00 hrs.

Sala Manuel M. Ponce, Palacio de Bellas Artes

Lecturas de la ciudad: Paseos literarios

El movimiento del 68/Gerardo de la Torre

Domingo 5, 10:00 hrs.

Poetas románticos del XIX/Guillermo Zapata

Domingo 19, 10:00 hrs.

Informes e inscripciones: Coordinación Nacional de Literatura

Tels. 5526-0219 y 5526-0449, exts. 106 y 221

Centro de Lectura Condesa

Un lugar para disfrutar los libros y a sus autores
Av. Nuevo León 91, Col. Condesa

La generación de los 70: Un mito poco genial

Charla con Antonio Ortuño

Miércoles 1, 17:00 hrs.

Virtudes ocultas/Francisco Hinojosa

Tema: "La cocina"

Miércoles 8, 17:00 hrs.

Virtudes ocultas/Ángeles González Gamio

Tema: "Lugares secretos del Centro Histórico"

Miércoles 29, 17:00 hrs.

Guías de lectura

Sandra Becerril / jueves 2, 17:00 hrs.

Mónica Sánchez Escuer / jueves 16, 17:00 hrs.

Ciclo: El quehacer poético

Thelma Nava conversa con Raquel Huerta-Nava

Martes 21, 17:00 hrs.

Literatura en voz alta

Palabra del autor/Rocío González

Viernes 24, 19:00 hrs.



Informes: 5382 1964 / Lada: 01 800 904 4000
www.bellasartes.gob.mx www.cnca.gob.mx



Vivir Mejor

La culpa fue de tus ojos

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

Empolvadas, húmedas, abandonadas, fueron surgiendo entre mis manos las cartas y fotografías tan celosamente guardadas. Al tomarlas fueron llenándose de vida, ya los recuerdos no eran tan lejanos; empezaron a brillar cobrando su propia vida, cada uno quería ser el principal, el más importante.

Mi corazón latía acelerado, ahí estaba. La quise tapar como no viéndola, pero era inútil. Cerré los ojos y me llevé tu carta a mi pecho. Mis manos empezaron a disfrutar de este amor que me condena; percibí el olor de la almohada, sentí el roce de la sábana; de tus muslos abiertos; de tu boca perfumándose todo el cuerpo y surcando por lugares insospechados recorriendo, descubriendo oquedades húmedas y solas.

Recuerdo hace ya tantos años, estábamos en casa de Betty. Nos miramos, te acercaste, tus ojos eran profundos y llenos de soledad. Me estremecí, eras fuego y me dejé llevar olvidándome de todo alrededor. Advertencia del caos, agotamiento de mi voluntad. Me tomaste de la mano y nos pusimos a bailar contorsionándonos en un vaivén cadencioso al ritmo de un fox-trot. La plática fue innecesaria, teníamos el lenguaje de la piel. De los poros, del olfato, del aliento; de las manos, los ojos, la boca y de todo nuestro ser. Los perfumes se unieron al igual que los cuerpos y nos fundimos en la eternidad que sigo viviendo como un fantasma creado por mi imaginación.

José María nadaba todos los días como lo ordenara el doctor. A la misma hora, el mismo tiempo, la misma temperatura del agua; siempre con la misma risa. Siempre la misma monotonía. Siempre la misma amargura; hasta que llegaste tú. ¿Por qué no me escuchaste? Pedía tan poco y el placer que

yo te ofrecía era tan grande. Tenía que hacerse a tu manera arrastrado por tu vanidad, por tu tremenda inseguridad. Sólo se tenía que conectar un alambre con el otro, ya había pasado antes, a veces ocurren accidentes, éste podría ser uno de ellos. ¿Por qué no? Era sólo cuestión de minutos, rápido, certero, fugaz.

Ya no le podía ayudar, ya nadie le podía ayudar. El de la tienda me dijo -con una cucharadita de este polvo en un kilo de masa y va a ver que no queda un sólo ratón; si no sirve le devuelvo su dinero. Y tú pusiste todo en un poco de alcohol. Llenaste la hipodérmica, y fuiste hacia él, suave, tranquilo, con esa mirada llena de soledad. Levantaste la manga de su camisa, -él confiaba en ti- pulsaste su vena y sin brusquedad le regalaste hasta la última gota del líquido blanquecino.

Cómo olvidar tus manos que paseaban por mi cuerpo, sintiendo por cada dedo vibraciones insospechadas, tu respirar, el color de tus ojos semeando gotas de aceite en el pavimento, y tu boca que al sólo roce me hacía desvanecer. Ahora, sola, grito con todos los poros de mi cuerpo ¡estás viva!, ¡estás viva!

Envidio la suerte del águila, quiero que me preste sus alas y llegar a ti, por que sé, por instinto que, en la esfera de la felicidad, nuestros cuerpos gozarán la facultad de atravesar el espacio como el pájaro el aire, y llegar a la conjunción de los cuatro elementos, acicalar los dulces rumores del aire que intuyen y anticipan los senderos del viento.

Su muerte fue innecesaria, confusión de las formas, mutilación de los sentimientos, caos, la eterna soledad, que sólo acabará con el aniquilamiento de toda existencia. Elevación, profundidad, descenso y caída, poder fecundador y renovador de la vida.

¿Se liberará mi alma encadenada? ■

Sr. Hernández

HIRAM BARRIOS

Permanecían así, sentados, una hora o dos, sin mirarse el uno al otro, pero a veces, Nikita, con precaución y como involuntariamente, envolvía a su cuñada en el dulce calor de su mirada azul.

M. GORKI

Crispaba los puños con la vana intención de lastimarme, como si la fuerza de mis manos pudiera lacerar las falanges. Era una rabia muda no entender, un coraje incontenible sentirme inerme y sin posibilidades.

Caminábamos en un típico “sin rumbo fijo”. La confusión no disminuía con los pasos. Mi expresión debió ser desalentadora pues Mariana, quizá por empatía, empezó a contarme la historia de un tal “Señor Hernández”.

El Señor Hernández —me explicó— era un individuo solitario; pasaba de los cincuenta y se ganaba la vida dando clases de inglés en alguna preparatoria. Alguna vez tuvo familia, pero la esposa lo abandonó cuando descubrió la homosexualidad de su consorte.

Siempre fue reservado. Con el tiempo lo fue más.

Hace poco, Hernández se ilusionó con uno de sus alumnos. Nunca hizo notorio el embeleso que le provocaba el jovencillo, sin embargo, terminó por empecinarse con ese amor que imaginaba. Soñó así que podría conquistar a aquel

joven; se veía retozando con él a la sombra de los árboles, intercambiando caricias en la lúdica aventura de un día de pinta.

Hernández lo seguía a distancia. Conocía los lugares donde el chico pasaría y, adelantándose unos metros, lo esperaba para concluir la escena con una mueca de fingido asombro ante la supuesta “coincidencia”. Entonces contoneaba las caderas, le sonreía con una mezcla de ternura y voluptuosidad: intentaba una conversación que cada vez era rechazada. El adolescente sentía asco hacia el Señor Hernández.

Cierto día, el Señor descubrió a su chico con una alumna de la misma clase. Pensó en reprobarlos, una suspensión provisional, calculó muchas formas para evitar ese noviazgo aunque cada idea le resultaba estúpida. La fatalidad lo llevó a reflexionar y comprender las veleidades. Su mundo de quimeras se vio derrumbado; no podía seguir viviendo con la ilusión de que un joven, más de treinta años menor que él y completamente heterosexual, fijara su atención en una relación completamente absurda e “ilógica”.

—A veces, ni siquiera se tiene una oportunidad —concluyó Mariana.

Me quedé sin habla. Ya no pude seguir caminando.

—¿Entiendes que hay una gran cantidad de relaciones imposibles? —continuó mientras me miraba fríamente a los ojos.

No supe qué decir. Sólo crispaba los puños con fuerza, con la vana intención de lastimarme: deseaba destrozarle los huesos, pero ni siquiera salió sangre de mis manos. ❏